

La libertad de Ingrid Betancourt

Mirta González Suárez

Catedrática Escuela de Psicología y CIEM

La televisión -especialmente CNN y quienes la copian- nos presentan a Ingrid Betancourt como una mujer que sobrevive un terrible secuestro por parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Como en una película de acción se presenta al ejército como el vencedor y a ella como la agradecida víctima, pero Ingrid Betancourt es mucho más que eso. Ingrid aparentemente estaba destinada a una vida apropiada para una muchacha de familia acomodada de Colombia: estudia en París, se casa con un diplomático francés, tiene dos hijos lindísimos y la oportunidad de viajar y disfrutar de la vida. Se escuchan aquí los suspiros y la música de fondo del final feliz de la telenovela.

Lo que no se esperaba es que Ingrid había elaborado metas propias y no creía en novelas rosa. Por eso explora en el fondo de sus intereses y decide que como colombiana debe hacer algo por su país, que tanto sufre, y para construir esas políticas públicas más justas y dialógicas se apunta en un partido político tradicional: el Partido Liberal, tan mencionado por García Márquez. Iba todavía por el camino usual: ser leal al partido, conseguir puestos y empezar a subir con el beneplácito de la cúpula, la cual exigía lealtad y más lealtad, por no decir encubrimiento y complicidad.

Si bien llega a ser diputada Ingrid vuelve a salirse del canasto en un discurso incendiario presentado en la Asamblea General del Partido Liberal, donde grita que ahí hay intereses mafiosos y relaciones vergonzosas con la delincuencia, por lo que fue insultada, silbada y echada del recinto y del partido. Todo por decir no ante la autoridad que exigía cerrar los ojos ante los malos manejos y la corrupción.

En lugar de retirarse funda el partido Verde Oxígeno, porque es lo que propone para Colombia: un aire limpio, alejado de la contaminación de los poderes tradicionales. Como senadora continúa denunciando los malos manejos del gobierno y de los políticos tradicionales, sumidos en los negocios sucios incluido el narcotráfico y por eso es perseguida varias veces por vehículos polarizados sin que con esto lograran callarla. Un día llega a su oficina un personaje importante que al final le señala que si prosigue denunciando la corrupción ya tienen contratados sicarios para que acaben con ella y su familia. Es entonces cuando decide enviar a sus hijos con su exesposo, quien había sido trasladado a Nueva Zelanda.

La posición de Ingrid es consecuente (hizo una huelga de hambre contra la impunidad del gobierno), bien documentada (recordemos su libro publicado en Francia titulado La rabia en el corazón) y original (en su campaña electoral dijo que se necesitaba Viagra (para parar a los corruptos) y repartió condones (porque la corrupción era el SIDA de Colombia).

El gobierno de Colombia seguía directrices de Estados Unidos en cuanto a no negociar con la guerrilla, pero Ingrid opta por el diálogo y participa en sesiones conjuntas, planteándole incluso a Raúl Reyes que debían liberar a la gente apresada y que el secuestro debía terminar porque no correspondía con el ideario original de las FARC: liberar a la gente de la opresión.

Ingrid, como candidata presidencial de Verde Oxígeno es drástica en la crítica a sus oponentes: a Uribe por los supuestos vínculos con paramilitares y a Serpa por su relación en el escándalo con las donaciones a campañas políticas por parte del cartel de Cali.

Desamparada por el gobierno, que no desea que ella tome iniciativas, se dirige, junto con Clara Rojas, a la zona controlada por la guerrilla, y ambas son secuestradas en febrero del 2002. Las primeras declaraciones por parte del ministerio de justicia e interior se refieren a que ellas mismas son responsables del secuestro, por no obedecer al gobierno. Aún sin su presencia Verde Oxígeno continúa y logra los 50.000 votos necesarios para no ser

eliminado como partido nacional.

Ingrid Betancourt , en lugar de asumir el papel de damisela rescatada, levanta la voz por quienes quedaron atrás, y es una voz potente que muestra a una mujer que supo romper esquemas y enfrentarse a la autoridad. Ni los partidos tradicionales ni las FARC pudieron doblegarla, lo que nos enseña la importancia de no someterse a quienes detentan el poder autoritario. El costo es alto, pero la libertad lo merece.
